



Un cigarrillo

FABIÁN COELHO*

* Tesista de la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes.

La lengua de fuego se adhiere a la punta del cigarrillo. Me hallo sumido en la escritura de un cuento detestable. Su rostro inexpresivo, la taza de café abrazada por sus manos blancas. ¿Detestable por qué? La boca se constriñe, chupa del filtro, él entorna los ojos y mira a la muchacha que se para de otra mesa. Es mi intención. Yo quiero escribir un cuento detestable. Hay fantasmas... Frase suspendida; ella se inclina hacia él, se cruza de brazos por el frío, como abrazándose. Retoma: ...fantasmas de mi vida retratados allí. Fantasmas que quiero aniquilar. La muchacha lleva en un brazo unas diez carpetas y con la otra mano sostiene una bebida, ¿de qué será?, piensa abstraéndose por un instante. Te acercaste aquella vez a mí, porque me dijiste que te podía servir, que te inspiraba. El frío, el viento de las cuatro de la tarde le eriza la piel de los brazos, la piel blanca que quema como el hielo, él ya lo sabía. Otra vez besa el cigarrillo. Segundos después escupe un chorro de humo. Ella levanta su taza de café. Sorbe. Insiste: Así me dijiste. Un café, dijiste. Me inspiras. Imaginé algo bueno y tú eres mi personaje. Siempre lo mira fijamente, tratando de capturar sus palabras escurridizas. Antes no hubiera imaginado que él pudiera hablar así. La muchacha se retira caminando lentamente, así no se derramará el ¿té? Él la mira con el desprecio de lo inalcanzable. Es bella. Quizás me acerqué a ti por otras razones, ¿no crees? Y se vuelve a verla, la muchacha ya desapareció de su vista. Ella está ahí frente a él con su cabello rojo, inquisitiva. Te lo pregunto por lo que acabas de decir. Lo del cuento. Otra vez se abraza a

sí misma muy fuertemente. Él descubre sus pezones erectos por el frío. Cómo la desea. Es bella, no hay para qué negarlo. Él ahora la detalla: sus ojos negros hundidos en el desierto blanco de su rostro, el rojo encendido de su cabello, el volumen de su busto, las líneas finas de sus manos ¿frías? Probablemente ahora lo estén. Estira su brazo hasta alcanzar una. Sí. Está fría. El frío, piensa y mira sus pezones de nuevo, su piel erizada. Y recuerda ese día. Él llegó a su sitio de trabajo: una librería. Otras pocas veces habían conversado, nada sustancial, claro está, pero suficiente para darse cuenta de que ella le coqueteaba sin pudor. Aquella vez había tenido que volverse un galán (cosa que él sabía de sobra que nada bien le salía), pero se contentaba con pensar que son las mujeres las que eligen a los amantes y luego se dejan conquistar pasando por alto cualquier clase de torpeza y escabrosidades en la técnica del galanteo. Él le había hablado del cuento que pensaba escribir sobre un personaje como ella. Ella en ese momento sonrió extrañada. Eso no lo podía olvidar. Lo saboreaba como si hubiese sucedido ahora mismo. El cuento... medita un instante antes de seguir, el cuento —su escritura—, se detuvo. Ahora te conozco más. Me costará más escribir. Ella retrocede consternada y retira sus manos, ahora tibias, de las de él. Quizás logré lo que buscaba: acostarme contigo. Da otra chupada al cigarrillo. Ella esta vez sonríe ¿halagada? Él la mira a través del humo con arrogancia. Sabe que a ella eso la alegra en una muy escondida fibra de su ego. Acostarse conmigo, piensa. Sí, un personaje como tú, con tu belleza. Tienes algo especial, ¿sabías? Quizás sea esa agresividad sexual que

no te avergüenza. Ella retrocede halagada. Sí. Halagada. Porque aceptó en seguida tomarse algo conmigo y esa noche nos acostamos. Eso fue hace una semana. Ahora estamos otra vez aquí a dos cuerdas de su trabajo tomándonos el café, haciéndole el preámbulo al coito. Mientras tanto, la escritura del cuento se aleja inalcanzable. Sí. Ya qué importaba el cuento que imaginó mientras no conocía las líneas que dibujaban su silueta desnuda a contraluz. Para qué escribir si vivir se volvía tan interesante. La muchacha aparece de nuevo sin carpetas ni ¿café? Qué habría tomado. Por qué habría vuelto. Lo curioso, dice sonriente, ¿realizada?, es que yo me quise acostar contigo desde la primera vez que te vi entrar a la librería. Algo de satisfacción se dibuja en su rostro. Ya no se atreve a mirarlo a los ojos. La muchacha viene caminando como si él no existiese con su cabello rojo flotando en el viento de las cuatro de la tarde que le eriza la piel. Él la mira mientras sacude las últimas colillas del cigarrillo. Cómo le gustaría escribir un cuento con un personaje como ella, piensa y le da la última chupada al cigarrillo que aplasta en el cenicero, mientras escupe una nube de humo que la borra a ella de su frente.

